

Pensamiento Novohispano de Pablo Olavide y las reformas borbónicas de Carlos III

Dr. Rafael Aguilera Portales*

SUMARIO:

1. Introducción. 2. Las reformas borbónicas de Carlos III en la América española. 3. Polémica de Olavide: ¿afrancesado o ilustrado novohispano? 4. Influencias ilustradas volterianas. 5. Actitud religiosa de Olavide y la difícil tensión Iglesia y Estado 6. Conclusiones finales 7. Bibliografía.

1. Introducción.

El propósito de este artículo es abordar el influjo volteriano y el conflicto religioso en la obra y pensamiento novohispano de Pablo de Olavide, particularmente, en un momento político crítico de tensión entre la Iglesia y Estado durante las reformas borbónicas

* El presente trabajo es producto y resultado de una ponencia presentada en el Congreso Internacional sobre “La Ilustración: Pablo de Olavide y su época”, organizado por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) en Jaén del 4 de noviembre de 2002. El autor es profesor de filosofía del derecho de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas, doctor en filosofía política y jurídica por la Universidad de Málaga (España), miembro del Sistema Nacional de Investigadores (CONACYT).

emprendidas por Carlos III. Me he centrado, sobre todo, en analizar tanto su influencia francesa, en concreto volteriana, como su actitud e ideas religiosas, en un contexto de secularización ilustrada novohispana que sentará los cimientos de la sociedad y la historia de los siglos posteriores XIX y XX.

2. Las reformas borbónicas de Carlos III en la América española.

El reinado de Carlos III representa la culminación del siglo XVIII español, es decir, aquel momento en que la Ilustración española alcanza su máximo esplendor. Las características típicas del periodo -enciclopedismo, criticismo, optimismo individualista, iluminismo- quedan patentes en el caso español, si bien con algunas diferencias que lo tipifican. Así pues, la exaltación europea de la razón, como expresión ilustrada máxima de la lucha contra la ignorancia, la opresión y la reacción, queda en España sustituida por la exaltación de la cultura, como instrumento básico para reeducar al pueblo y elevar la sociedad de su atraso secular. De aquí, el impulso al teatro, el periodismo, la reforma universitaria, la dedicación al estudio y la investigación.

Llama la atención que casi todos los reformadores más importantes del reinado de Carlos III ocuparon cargos oficiales destacados: Jovellanos, Campomanes, Olavide, Floridablanca, Cabarrús... Todos ellos tratan de limitar el poder de la Iglesia que había identificado el catolicismo con las posturas más reaccionarias sobre la sociedad, la cultura y la política. Aunque, por regla general, los ilustrados españoles no traspasaron las fronteras de la ortodoxia, su postura no deja lugar a dudas al respecto: frente a la intromisión eclesiástica en la política, defienden las regalías de la Corona; frente a la acumulación de propiedades en manos muertas por las ordenes religiosas, proclaman la necesidad de leyes desamortizadoras,

frente a la moral laxa e hipócrita de tipo tradicional, predicaban la austeridad evangélica de índole jansenista; frente a una educación religiosa proponen la enseñanza secularizada. De este modo, se puede comprender que la diana de sus críticas fueran la religión tradicional y sus instituciones: la Iglesia Católica, la Compañía de Jesús, la Inquisición, el escolasticismo. No quiere esto decir que los ilustrados no fueran religiosos, pero de una religión depurada de dogmas, liturgias y rigideces de todo tipo, cayendo en un deísmo o un “cristianismo ilustrado”. En España, la lucha irá, más que contra la Iglesia Católica, contra el espíritu de la Contrarreforma y del Barroco, que anquilosó el catolicismo y lo encerró en un callejón sin salida: por eso se vuelve ahora al erasmismo, al evangelismo y a lo que entonces se llamó “jansenismo”.

El reformismo borbónico¹ se manifiesta en todos los campos. El reformismo articuló una política económica tardomercantilista en los diversos sectores de la producción e intercambios comerciales, racionaliza la Administración pública en todos sus ramos, centraliza la acción de la política exterior (la Hacienda, el Ejército, la Marina, la diplomacia), recupera el prestigio perdido en el ámbito internacional, patrocina unas veces y ampara otras veces el movimiento de profunda renovación cultural de la Ilustración.

La Ilustración había sido un eficaz instrumento a favor del reformismo, el clima ideológico alterado por la Revolución Francesa

¹ Para el estudio del reformismo borbónico en sus aspectos económico, político, administrativo, cultural pueden verse las obras magníficas de Domínguez Ortiz, A.: *Carlos III y la España de la Ilustración*, Alianza, Madrid, 1988. y Domínguez Ortiz, A.: *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*. Ariel, Barcelona, 1984, (2ª reimpresión). Igualmente, he utilizado los estudios de Carlos Martínez Shaw. Las reformas de estos “príncipes ilustrados” tendían a mejorar, en alguna medida las condiciones de sus súbditos y se vieron asistidos por destacados exponentes de la filosofía de la luz, como el caso de Voltaire, o bien por gabinetes de notables consejeros inspirados en los textos de la Ilustración. En diferentes lugares de Europa se comenzó a hablar de “reyes-filósofos” o “déspotas ilustrados”, preocupados por el bienestar de sus pueblos como el caso de Federico II de Prusia, Catalina de Rusia, o en nuestro caso, Carlos III de España.

convierte en sospechosos a los colaboradores de la víspera, al mismo tiempo que se produce una radicalización de signo opuesto que genera la aparición del movimiento liberal en España y del movimiento independentista en la América española. Cuando quedó invadida España por las tropas napoleónicas, fue depuesto el rey Fernando VII, y en su lugar quedó el hermano de Napoleón, llamado José, motejado como “Pepe Botella”. La situación política de España condujo a varios intelectuales a reclamar la independencia. Posteriormente, en 1812 las Cortes de España aprobaron la Constitución de Cádiz, con la participación de diputados novohispanos criollos. Esta Constitución entró en vigor en 1820; pero sirvió de base y guía, para dar forma a la Carta de Apatzingán que inspiró la Constitución mexicana de 1824.

La cultura ilustrada fue el fundamento intelectual del reformismo. Los intelectuales ilustrados teorizaron el protagonismo de la Monarquía como motor de la modernización, la prioridad del fomento económico, la utilización de la crítica como herramienta para el perfeccionamiento de la organización social, la aplicación del conocimiento científico al bienestar general, la finalidad educativa de la creación literaria y artística, el progreso y la felicidad como metas últimas del pensamiento y la práctica reformistas. La Ilustración se dotó de sus propios instrumentos de difusión cultural que al mismo tiempo lo eran de acción reformista: las academias, las universidades intervenidas para acompañarlas a las exigencias del momento, una serie de nuevas instituciones de enseñanza superior, las Sociedades Económicas de Amigos del País, los consulados y la letra impresa en libros o en publicaciones periódicas. La Ilustración finalmente obtuvo resultados muy considerables en todos los campos: el pensamiento económico, la crítica social, la renovación eclesiástica, el pensamiento científico y la producción literaria y artística.

² La implantación y el progreso de la cultura ilustrada en la América española no se comprende sin la intervención de las autoridades metropolitanas y virreinales, que tratan de promover la creación intelectual impulsando un proceso de institucionalización. Sin embargo, las Luces no alcanzan a toda América. Por un lado,

La Ilustración americana² fue en buena medida, aunque con muchas matizaciones, una prolongación de la Ilustración metropolitana, con similitudes evidentes en el programa de modernización, en las instituciones y en las realizaciones. Las nuevas ideas se difundieron a través de las Universidades reformadas, Academias, las Sociedades Económicas de Amigos del País, como las Universidades de México, Lima, Los Colegios de Cirugía, la Escuela o Seminario de Minería de México, la Academia de San Carlos de México... Esta fue una de las razones para que la afirmación del orgullo criollo del siglo precedente alcanzase una nueva expresión. Este fue un factor de diferenciación importante entre la Ilustración española y la americana que desencadenó el despertar de la conciencia de América y su posterior independencia. Es el sentido que puede atribuirse a las proclamaciones de las élites ilustradas de las capitales virreinales, que ante el crecimiento de la población (se superan los quince millones de habitantes), el progreso de la urbanización, el embellecimiento de las ciudades, la proliferación de las obras públicas (fuentes, alamedas, paseos) o la edificación de nuevos palacios o nuevas iglesias no pueden por menos de creer que la Lima del virrey Amat es una de las más bellas poblaciones del orbe y que México, que ha superado en número de habitantes a la capital metropolitana, es la “Roma del Nuevo Mundo”. La novedad de la Ilustración en el pensamiento político fue, mientras que en España las Luces sirvieron para poner en entredicho las bases del sistema, desde el reformismo a la opción liberal (liberalismo político o constitu-

la cultura ilustrada fue una cultura progresista que hubo de enfrentarse a los partidarios de la tradición. Del mismo modo, que fue una cultura minoritaria, que se difundió entre los reducidos círculos de intelectuales españoles y criollos. Por otra parte, fue una cultura elitista diseñada para las clases dominantes quedando excluidas las clases subalternas (indios, mestizos, mulatos, negros). En América los obstáculos opuestos a la difusión de las Luces fueron de la misma índole que en la metrópoli. Por ejemplo, la cruzada educativa reformista tropezó con la resistencia de la Iglesia y las Instituciones universitarias.

cionalismo), en América las Luces permitieron formular una alternativa a la consideración misma del carácter colonial de los reinos de América.

Pablo Antonio de Olavide Jáuregui³ (Lima 1725- Jaén-1803) es uno de los mejores representantes de la cultura americana del siglo XVIII. Su impulso utópico universalista y cosmopolita no tiene parangón en el contexto hispanoamericano de su época. El historiador y filósofo J. L. Abellán nos dirá: “Pablo de Olavide es, por antonomasia, la víctima propiciatoria que ofrece el movimiento ilustrado español a la Inquisición. Se ha dicho y repetido, por numerosos autores, que el Santo oficio lo eligió como la figura más representativa de nuestra Ilustración, y que al juzgarle quiso condenar

³ Tenemos que destacar que D. Pablo de Olavide Jáuregui fue criollo nacido en Lima(Perú) . La Ilustración francesa hizo presencia en la generación de criollos. Pronto se vio favorecido en sus estudios y en su carrera por una doble condición. A los quince años ya se había graduado de doctor en Teología por la Universidad de San Marcos, y a los diecisiete años avía llegado a Catedrático, por oposición, en la Facultad de Teología. En 1716, un terremoto destruyo gran parte de la ciudad de Lima, esto provocaría un cambio trascendental en su vida. Parece que se dedicó a negocios fraudulentos, siendo procesado judicialmente a consecuencia de la cual fue sentenciado a destierro y inhabilitación pública,. En 1750 llegó a España donde se casó con una mujer acaudalada que le impulsó en su vida política e intelectual. La nueva posición económica y social le permitió viajar largamente por toda Europa. El hecho es que estos viajes por numerosas ciudades y villas de Francia e Italia, le permitieron entrar en contacto con la alta burguesía comercial e intelectual . Conoció a los intelectuales más prestigiosos, Voltaire. La admiración por el ilustrado francés debió ser sincera como lo muestra el análisis de su Biblioteca, donde predominan las obras francesas por encima de todo lo demás, y entre ellos las obras de Voltaire.

⁴ José Luis: *Historia del pensamiento español* Espasa Calpe, Madrid, 1981, vol. IV, p. 594. El profesor J.L. Abellán está utilizando el término “filósofo” como sinónimo de hombre ilustrado que busca el progreso y la transformación de la sociedad, con una ser de rasgos muy típicos: tolerancia religiosa, sentido crítico respecto al pasado, optimismo frente al futuro, confianza en el poder de la razón, oposición a la autoridad eclesiástica, y al poder tradicional de la Iglesia; interés por los problemas sociales y el desarrollo técnico de la sociedad, impulso hacia lo natural y valoración positiva de la experiencia.

en él, más que a una persona, a todo una época. En Olavide se condena un siglo y un espíritu, de donde proviene el carácter ejemplar de su proceso”.⁴

Aquí, nace el mito europeo de Olavide, que a partir de su proceso se convierte en “mártir de la Inquisición”. Las gacetas y los periódicos europeos ponen de moda su nombre, desde el día que fue arrestado por los esbirros del terrible Tribunal y, mucho más, desde el momento de su condena.

3. Polémica de Olavide: ¿afrancesado o ilustrado novohispano?

Existen diversas hipótesis sobre la polémica de Olavide, un afrancesado o un ilustrado español. ¿Podemos considerarlo un conocedor de las corrientes intelectuales europeas pero sin impregnarse de las mismas? o ¿un afrancesado intelectualmente?. Y una tercera hipótesis que considera a Olavide, un ilustrado español que fusiona las ideas intelectuales nacionales con las foráneas.

José Luis Abellán deja sentado que su producción no responde a lo que clásicamente entendemos por filosofía y se le ha tenido por afrancesado, y defiende la tesis de que nadie estuvo entre nosotros más imbuido que él de lo que en la época llamaban “espíritu filosófico” [...] En éste, y sólo en este sentido, decimos que este insigne ilustrado fue un filósofo, más preocupado por cambiar y transformar las sociedad de acuerdo con los principios de la razón ilustrada, que por entender el mundo y explicarlo intelectivamente al modo clásico”⁵

Manuel Capel Margarito mantiene tajantemente que Olavide en ningún modo le cuadra la etiqueta, precipitada, de afrancesamiento,

⁵ *Ibidem*, p. 596, Abellán responde así a la visión de Menéndez Pelayo que tildaba la Ilustración española de afrancesamiento, dejando entrever con ello lo que para el catolicismo tradicionalista podía significar este adjetivo: los afrancesados tenían algo de traidor y algo de afeminado, se caracterizaban por una inteligencia desvergonzada, y se distinguían por su ánimo corrupto y frívolo.

pues ni se alimentó en las fuentes del naturalismo enciclopedista, sino en las doctrinas político-teológicas tradicionales del Siglo de Oro español, ni coreó las concepciones pseudo-originales del siglo francés prerrevolucionario. Según Marcelin Defourneaux, en su libro *Pablo de Olavide, el afrancesado*, Olavide se convirtió en un doble símbolo: “Símbolo de la España ilustrada, que bajo el impulso del conde de Aranda, había empezado a remontar su atraso secular; símbolo de los prejuicios del fanatismo, que se había despertado para abatir a los innovadores y acabar con su obra”.⁶

4. Influencias ilustradas volterianas.

En 1761, durante uno de sus largos viajes por Italia y Francia, se detuvo una semana en “Les Délices”, la famosa finca de Voltaire, que vio en él “un filósofo muy instruido y muy amable”; enorgulleciéndose de esa visita que luego contribuirá a su caída. El gusto y la afición por el teatro lo había recogido Olavide de su admiración por Voltaire, de quien quería reproducir la imagen en España. Hablando de ello dice Defourneaux: “su más alta ambición era llegar a parecer o ser un Voltaire, al menos de dimensiones españolas”. Impulsado por ese deseo de convertirse en árbitro de la refinada cultura de salón, instaló en su propio domicilio un teatro privado en el que representar las obras de su gusto. Esta afición comenzó a cultivarla en su mansión madrileña, continuándola después en su residencia del Alcazar sevillano. En ese salón se representaban las primeras comedias neoclásicas, traducidas por Olavide y por sus amigos; obras de Racine, de Moliere y, por supuesto, de Voltaire.

De esta forma, Olavide se convirtió en uno de lo más eficaces impulsores del nuevo gusto, su proyecto era dar a España y todos sus virreinos en América Latina un teatro ilustrado y , de este

⁶ Defourneaux Marcelin: *Pablo de Olavide, el afrancesado*, (trad. española), presses Univesitaires de France, p. 365.

modo, educar cívicamente tanto a la nobleza como al pueblo. El teatro era visto, por Olavide, como la mejor escuela para mejorar las costumbres del pueblo, así como estimular la civilidad y honradez. El teatro no solamente es visto por su valor puramente estético y representativo, sino como medio para cambiar mentalidades y hábitos sociales e instrumento de transformación social. Desde su profundo interés por él, construyó un conservatorio de arte dramático, a fin de mejorar la educación de los actores, y formar nuevos comediantes. Igualmente, construyó un colegio para jóvenes con vocación teatral. Igualmente, la obra escrita de Olavide no destaca por su valor literario, sino por su profundo sentido ilustrado que busca la transformación racional de la sociedad y las costumbres. Prácticamente, todo lo que escribió está impulsado por ese afán revolucionario de cambio.

El supuesto volteranismo y enciclopedismo de Olavide lo basaron los inquisidores en la tenencia de libros prohibidos y en el contacto que tuvo con Voltaire. En diversos escritos de 1776, Olavide declara que nunca ha faltado a la religión católica aunque hubiese tenido algún desorden en su juventud.

El profesor Defourneaux califica a don Pablo De Olavide de símbolo de la España ilustrada que luchaba por acabar con el retardo secular y por otra el de las fechorías del fanatismo que surgía de nuevo para destruir las reformas emprendidas. Alrededor de Olavide se tejerá una leyenda que se tomará como un símbolo de lucha por la libertad de pensamiento y de expresión. España, en esa época, aparece como un país dominado por los eclesiásticos y en donde reina la superstición. Fernando VI estuvo supeditado a su confesor, el padre Rávago, que le había inculcado el deber de someterse a la voluntad de los ungidos del Señor y el pobre Rey estaba convencido de ir al infierno si no cumplía este deber de todo príncipe católico. Carlos III comenzó su reinado con buen pie, pues su “primer acto” fue cercenar el poder de la Inquisición; pero inmediatamente el confesor real, padre Osma, “recoleta, hombre avaro, ignorante,

hipócrita, envidioso, sentina de todos los vicios” y el nuevo Inquisidor, persuadieron al rey de que revocara su dictamen. Así renació de sus cenizas y con más fuerzas el Santo Tribunal.

El Santo Oficio⁷ había sido un instrumento precioso en la defensa de la unanimidad religiosa y espiritual en el interior de las fronteras, cuando los intereses del catolicismo se confundían con los intereses del imperialismo español, ahora la Corona se encontraba en una situación de obstáculo a su política de modernización de país. “La posibilidad de actualizar la cultura española y de adaptarla al ritmo europeo dependía del arrinconamiento de la inquisición y de su inhabilitación para ocuparse de aquellos temas para los que el proceso de secularización reclamaba radical autonomía respecto de los temas ideológicos”.⁸

Los infortunios de Olavide, según Diderot,⁹ también están provocados por los clérigos. La causa de su destitución como Oidor de

⁷ Las ordenes religiosas y el Santo Oficio ejercieron funciones de vigilancia y control ideológico como demuestra la denuncia de lo dominicos a Mutis, por impartir las lecciones de astronomía copernicana en 1773 y como la expresa la prohibición inquisitorial dictada en México en 1764 de leer a Voltaire y Rousseau, a razón de sus errores opuestos a la religión, a las buenas costumbres, al gobierno civil.

⁸ Martíez Shaw, Carlos: “El siglo de las luces” en *Historia de España*. Historia16, temas de hoy n°19, p. 10 Nota: El estado español, debilitado por tantos años de guerra y por la gestión de los últimos Habsburgo, se presenta débil ante una Iglesia que controlaba grandes extensiones de tierra, de modo que, la Corona se encuentra en una situación delicada ante el enorme poder de la Iglesia. Los motines sociales de Esquilache respecto al uso de capas y sombreros en 1776, cuando los precios del trigo subieron desorbitadamente, generaron una conmoción en el Rey y un cambio de orientación política en su gabinete reformista, sobre todo de Aranda, Campomanes y Olavide, para tratar de reorientar las cofradías hacia el culto religioso, a fin de hacerlas menos conflictivas y peligrosas.

⁹ Diderot: *Don Pablo de Olavide: précis historique rédigés sus des mémoires frumis a M. Diderot par un espagnol*, 1782. Denis Diderot (1713-1784) fue el fundador y director de la Enciclopedia. Se le reconoce por haber sido quizá el más ardiente propagador de las ideas filosóficas del siglo XVIII francés. Materialista y ateo profundamente convencido declaraba en vísperas de su muerte que “el primer paso de la filosofía es la incredulidad”.

la Audiencia de Lima y de su encarcelamiento posterior fue su persecución “sin descanso” por los sacerdotes; Pero felizmente” en España, como en todas partes, el oro es el medio más poderosos para allanar las dificultades, especialmente las procedentes del clero, y así pronto fue puesto en libertad.

Olavide es convertido en mito vivo, es el ejemplo de un hombre que intentó renovar su país de acuerdo con las nuevas ideas y a quien la Inquisición (símbolo de oscurantismo) condenó por ello. Olavide, cuando se estableció en París, después del autillo de fe, intentó eludir esta popularidad, no quiso ser el “mártir de la Inquisición” y por ello cambió su nombre. En adelante se llamó conde de Pilos.¹⁰

Luis Perdiges Blas en su libro *Pablo de Olavide, el ilustrado* sostiene que Olavide y sus compañeros de viaje ilustrados intentaron reformar España y para ello cogieron ideas del otro lado de los Pirineos, pero no ideas religiosas o políticas. Así, pues junto a su formación intelectual, “su fidelidad al Trono y al Altar” no se puede considerar a Olavide un ilustrado afrancesado o una excepción entre los ilustrados españoles. En Olavide confluyen lo nacional y lo foráneo, tomando todo aquello que fuese “útil” viniera de donde viniese. Así, en su producción literaria, encontramos influencias francesas, inglesas y españolas, al igual que sus escritos de reforma agraria o educativa.

5. Actitud religiosa de Olavide y la difícil tensión Iglesia y Estado

Uno de los temas más polémicos en la obra de Olavide es su actitud religiosa. Su formación racionalista y el carácter desenfadado del peruano contribuyeron a propagar la imagen de filósofo incrédulo y volteriano que utilizó la Inquisición, un personaje impío, blasfemo

¹⁰ Perdiges Blas, Luis: *Pablo de Olavide, el ilustrado*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, p. 76

y enemigo de la religión. Olavide comparte con sus amigos ilustrados españoles el respeto al Trono y al Altar y éste respeto marca la diferencia más patente entre éstos y los “*philosophes*” franceses.

No obstante, nada más alejado de la realidad, Olavide se rebeló contra las supersticiones, contra las manifestaciones irracionales del culto, contra la hipocresía de muchos creyentes, contra la corrupción e inmoralidad del clero, pero albergaba en su alma sentimientos religiosos. Olavide mantuvo una religiosidad ilustrada, una comunión crítica y racional con la Iglesia católica y una visión utópica de la fecundidad y semilla del cristianismo originario. Junto a la utopía social y política que llevaba a cabo como intendente de Andalucía con las nuevas repoblaciones de Sierra Morena, su programa utópico ambicionaba la formación moral y religiosa de los ciudadanos, cuya responsabilidad caerá también sobre “*filósofo*”, con lo cual se producirá una renovación material y moral de toda la comunidad. Así pues, El evangelio del triunfo no es sólo la exposición del ideario religioso de un filósofo desengañado o reconvertido, sino la exposición del ideario religioso de un filósofo desengañado o reconvertido, sino la extensión sublimada y utópica de un ilustrado que no renunció a serlo a pesar de las desdichas y los sufrimientos que la vida le deparó por ello. Olavide trata de compatibilizar el ideario ilustrado con una exaltación de los sentimientos cristianos.

Al año de haber asumido sus primeras responsabilidades políticas, en 1767 fue nombrado asistente de Sevilla e intendente de Andalucía. Sus amplísimos poderes constituían el instrumento de la nueva política ministerial. No obstante, el partido de los detractores no cesó de aumentar: el cabildo de Sevilla, las corporaciones gremiales, las órdenes religiosas, las cofradías y hermandades. He aquí a la nobleza local y al clero regular: la reacción al cambio, la defensa de los intereses creados. La nueva planta universitaria detonó las pesquisas más temibles: la Inquisición. Era el año 1768, después vino la colonización de la Sierra Morena y la fisiocracia como telón de fondo, también las refriegas con los frailes y las intrigas políticas. Sin saberlo, Olavide se halló al albur de lo que se dirimía

en los pasillos de la corte.

El desenlace resultó demoledor: en 1776, a instancia del confesor real, fray Joaquín de Eleta, el monarca autorizó el proceso inquisitorial. El notable ilustrado fue acusado y preso en 1776 en Madrid, por lecturas impías de Rousseau y Voltaire. A finales de 1778 se produjo un Autillo de fe ante unas setenta personas distinguidas, la mayoría de sus amigos. Fue declarado hereje y condenado a confiscación de bienes, inhabilitación para el ejercicio de cargos públicos, destierro perpetuo de la Corte y ocho años de reclusión en un convento. Su condena fue instruida con el propósito explícito de dar un “escarmiento”: es decir, partía de la convicción de que a los ilustrados se les podía doblar la cabeza primero, para humillarles luego en nombre de su impotencia. Olavide, anonadado por la desesperación y la vergüenza, irrumpió la lectura de los cargos diciendo: *“yo nunca he perdido la Fe”*. Un negro manto de ausencia y silencio cubrió su persona durante dos años. La protesta europea fue sonada: Voltaire, Diderot, Catalina de Rusia, Federico de Prusia abominaron del atraso hispano. La leyenda negra se extendía y propagaba más allá de los Pirineos...A pesar de muchas protestas, fue condenado por la Inquisición, dentro de un contexto político de lucha de intereses que enfrentaba la Iglesia y la monarquía de Carlos III.¹¹ Como bien ha planteado Marcelin Defourneux, autor del libro más completo sobre nuestro ilustrado novohispano, Olavide se convirtió en doble símbolo: Símbolo de España ilustrada junto a muchos pensadores como el Conde de Aranda, Jovellanos...; sím-

¹¹ No olvidemos como Carlos III intento asentar la subordinación del Santo Oficio a la Corona, en ocasión del asunto del Catecismo de Mésenguy, que aceptado por el Rey fue condenado por el inquisidor General, quién hubo de soportar el destierro de Madrid y su confinamiento en un monasterio hasta obtener el perdón del soberano. La corona y los gobiernos reformistas trataron de mantener a la Inquisición bajo un cierto control y evitar que se convirtiera en un elemento perturbador de la política de modernización, permitiendo sin embargo su actuación.

bolo de la intolerancia y fanatismo, que se había desatado frente a estos innovadores y reformistas.

6. Conclusiones finales

Sin lugar a dudas, con la figura de don Pablo de Olavide nos encontramos ante un pensador novohispano que entiende que no hay tribunal más alto que la propia conciencia moral para determinar nuestro deber ético, el cual puede chocar en un momento dado con ciertas instituciones socio-jurídicas que podemos considerar injustas. Un verdadero disidente solitario o desobediente ilustrado, que pese a ser víctima propiciatoria del enfrentamiento Iglesia-Estado, asume su papel libertador de una sociedad con retraso ilustrado. Entiendo que existen dos formas de luchar por los propios ideales. Una la que escoge la senda del fanatismo y pretende hacer valer sus criterios recurriendo a la violencia. Otra, la del disidente cuya conciencia no le permite acatar una determinada norma y decide incumplirla con la esperanza de que se modifique dicha injusticia. Como defendía Voltaire nunca podemos mostrarnos tolerantes con la intolerancia, pues está en juego nuestra dignidad.

Tanto Olavide como Voltaire sufrieron prisión como exilio; pero también un reconocimiento personal como pocos autores han alcanzado durante su vida. Sin entrar a analizar la obra maestra de Olavide o Voltaire, y, a pesar de toda su producción intelectual, lo realmente relevante es que ambos filósofos encarnan el prototipo de intelectual, esto es, de persona más o menos culta e informada que decide incidir en la opinión pública mediante sus escritos para pronunciarse sobre las cosas y las cuestiones del momento, denunciando cuantos desmanes e injusticias vayan compareciendo ante sus ojos, a fin de movilizar las conciencias para reparar los atropellos cometidos contra la moral y el derecho.

A partir de la condena se le recluyó en el Monasterio de Sahagún (León) para cumplir sentencia; pero afectado por el duro clima se le

trasladó al convento de Caldos (Gerona) para tomar unos baños que le aliviassen su mal de gota. La proximidad de la frontera le incita a la huida. En Francia permaneció diecisiete años, convertido en ese “mito europeo”. Una víctima inocente de un poder siniestro y fanático, un mártir por la causa de la libertad, del progreso y de la Ilustración: el filósofo que había pretendido colaborar entusiastamente a una transformación de la sociedad española para acomodarla a los dictados de la razón. En este último periodo de su vida en Francia siguió muy de cerca los acontecimientos revolucionarios, que le impresionaron profundamente por el horror y espanto. En 1798 su suerte ha cambiado España, y Carlos IV no sólo consiente que vuelva, sino que le devuelve sus dignidades y le concede una renta anual de 90.000 reales. Olavide vive el último periodo de su vida tranquilamente en Baeza (Jaén) donde fallece en 1803.

Olavide testimonia plenamente la historia contada por Voltaire en su cuento el *Cándido*, una historia de ascensos y caídas radicales, de contingencias históricas y azares que nos acercan hacia una actitud escéptica ante la vida y nos alejan del mito optimista del triunfo de la razón ilustrada sobre las tinieblas de la ignorancia. Aunque, debemos advertir que ni si quiera el mismo Voltaire está exento en vida de la moraleja de su propio cuento, pensemos en su encarcelamiento en la Bastilla o su exilio a Inglaterra. En este cuento el *Cándido* o *el optimismo* critica la visión optimista e ingenua de Leibniz y su creencia en la divina providencia. A raíz de un terremoto que tuvo lugar en Lisboa en 1755, causando miles de muertos, Voltaire se replanteó el problema de dios y el mal, rechazando el optimismo metafísico según el cual “*este es el mejor de los mundos posibles*”. Desde el comienzo y a lo largo del relato se van reiterando las enseñanzas del preceptor Pangloss, de un optimismo impermeable a todo tipo de catástrofes: “Todo está hecho para un fin”. “Este mundo es el mejor que se pueda imaginar”. Después de la odisea de desgracias,

Cándido se retira a una granja, resuelto a cultivarla, y sin darle más vueltas a la cuestión metafísica de: ¿Qué importa que haya bien o mal en el mundo? El final del relato filosófico es un canto al escepticismo:¹² “*Lo único que hemos de hacer es cultivar nuestra huerta*”. Con esto se acerca al final feliz campestre de Rousseau o vuelta al estado de naturaleza. La moraleja volteriana no es una huida egoísta e insolidaria, sino el aprendizaje de que el radio de acción humana es limitado: alcanza sólo la extensión de una huerta. La solución sería, por tanto, ya que no podemos mejorar el mundo, mejoremos al menos nuestro huerto más cercano. Todo es vanidad, dice Voltaire, las guerras, con sus miles de muertos y sus sufrimientos sustanciales son producto del capricho de algún gobernante. ¿Y qué es la vanidad? Una enfermedad del yo, una dependencia patológica de la mirada de los demás.

Una idea común que define a Voltaire y Olavide es su enfrentamiento al fundamentalismo religioso de su época. Un fanatismo que había degenerado en guerras, matanzas y todo tipo de convulsiones políticas en Europa. Aunque, tenemos que destacar que existe una diferencia sustancial entre Voltaire y Olavide. Éste último aunque era crítico con el poder de la Iglesia mantuvo fidelidad a la monarquía y la fe católica. No obstante, Voltaire criticó el poder y los privilegios de la Iglesia, aunque es sus obras mostró cierta debilidad por los déspotas ilustrados y, tampoco, censuró los privilegios de la aristocracia. Para él, las religiones son una forma de sometimiento y de alienación de los hombres. Aunque, éste va a ser un representante de la visión deísta o religión natural. Frente al caos

¹² Shafterbury había dicho que no hay mejor remedio que el buen humor contra la superstición y la intolerancia. Voltaire puso en práctica mejor que nadie este principio con los inagotables recursos de su espíritu genial: el humorismo, la ironía, la sátira, el sarcasmo, la burla franca o velada, las emplea de vez en cuando, contra la metafísica escolástica y las creencias religiosas tradicionales. Además de su misión intelectual, al igual que Olavide, Voltaire acuñó un famoso eslogan: “*¡Écrasez l’Infâme! ¡Aplastad al infâme!*”. Refiriéndose al oscurantismo, la intolerancia y la estupidez humana, que no es precisamente poca.

religioso donde se mezclan el fanatismo y la religión, los ilustrados se esfuerzan en identificar un núcleo natural de la religión. Las distintas tradiciones religiosas no habrían hecho más que deformar ese fondo natural con mil aditamentos inútiles que no han servido más que para sumir a la humanidad en disputas sin cuento.

En el siglo XVII y, especialmente en el XVIII, el término “*secularización*” adquiere un sentido propio y específico; Olavide junto a otros ilustrados dará un impulso frente a ese retraso secular, símbolo de los prejuicios y fanatismo de España y su virreinos. En el siglo de las luces, el término “filósofo” viene a convertirse en sinónimo de hombre ilustrado que busca el progreso y la transformación de la sociedad, con una serie de rasgos muy típicos: tolerancia religiosa, sentido crítico respecto al pasado, optimismo frente al futuro, confianza en el poder de la razón, oposición a la autoridad eclesiástica, y al poder tradicional de la Iglesia; interés por los problemas sociales y el desarrollo técnico de la sociedad, impulso hacia lo natural y valoración positiva de la experiencia. La religión se presentaba como legitimadora de todos aquellos valores vinculados al antiguo régimen, que obstaculizaban la difusión de los principios ilustrados. La Ilustración supuso un deterioro creciente y proceso de degradación de la tradición religiosa.

El siglo de las luces es el siglo de la razón y su aventura, y al mismo tiempo, el de la aurora de la razón. La razón iluminará a todos los hombres y los sacará de las tinieblas de la superstición y la ignorancia. La razón triunfará sobre las fuerzas irracionales y nos conducirá hacia la mayoría de edad y la felicidad. Voltaire trató de luchar por una sociedad laica, secular, pluralista y tolerante, desde la libertad de expresión y de conciencia. La Ilustración creyó descubrir en la historia humana, la historia del progreso llevada por un progreso moral y técnico ilimitado. La Razón lejos de liberar a los hombres de todo dominio y de todo dogma ha conducido a las sociedades actuales a nuevas y más sofisticadas formas de dominación, bajo nuevos dogmas y mitos. Ortega y Gasset opinaba que

con el “*siglo de las Luces*” el hombre tenía la impresión de haber conseguido por fin ver claro y comprobar la extinción de la ignorancia, se percibe rodeado de tinieblas y oscuridad, y ante esa nueva situación, la que sufrieron aquellas personas del siglo XVIII y la que hoy no es familiar, “faltos de suelo firme nos sentimos caer en el vacío”. Y paseamos de acá para allá nuestro “*personal vivir*” y, confundidos, frustrados y, en cierta medida, descarriados, vivimos “*la desazón de ese perdimiento*”, suspirando por la luz verdadera.

Bibliografía

Abellan, José Luis. *Historia del pensamiento español* Espasa Calpe, Madrid, 1981, vol. IV.

Abellán, J. L. *Historia crítica del pensamiento español*. Volumen III (Del Barroco a la Ilustración), Espasa-Calpe, Madrid, 1988, (2ª edición).

Aymes, J.R. *España y la Revolución Francesa*, Editorial Critica, Barcelona, 1989

Defourneaux, Marcelin, *Pablo de Olavide, el afrancesado*, (trad. española), presses Univesitaires de France, París.

Domínguez Ortiz, A. *Carlos III y la España de la Ilustración*, Alianza, Madrid, 1988.

Domínguez Ortiz, A. *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*. Ariel, Barcelona, 1984, (2ª reimpresión).

Perdices Blas, Luis. *Pablo de Olavide, el ilustrado*, editorial Complutense, Madrid, 1993.

Fernández Sanz, A. Jovellanos. Ediciones del Orto, Madrid, 1995.

Fernández Sanz, A. *Utopía y realidad en la Ilustración española. Pablo de Olavide y las Nuevas Poblaciones*. Editorial de la Universidad Complutense, Madrid, 1990.

- Herr, R. *España y la Revolución del siglo XVIII*. Aguilar, Madrid, 1973.
- Herrero, J. *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*. EDICUSA, Madrid, 1973 (2ª ed. Alianza, Madrid, 1988).
- Perdices Blas, I. *Pablo de Olavide, el ilustrado*, editorial Complutense, Madrid, 1993.
- Olavide, P., *El evangelio en triunfo*, Madrid, 1799, vol II.
- Quiroz Martínez, O. *La introducción de la filosofía moderna en España*. El Eclecticismo de los siglos XVII y XVIII. F.C.E. México, 1949.
- Sánchez-Blanco Parodoy, F. *Europa y el pensamiento español*. Alianza, Madrid, 1991.
- Sarrailh, J. *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. F.C.E. México, 1979, (2ª reimpresión).
- Savater F. *El jardín de las dudas*, Planeta DeAgostini, Barcelona,
- Soboul, A. *La revolución francesa*. Crítica. Barcelona, 1987.
- Subirats, E. *La ilustración insuficiente*. Taurus, Madrid, 1981.
- Voltaire, *Cándido o el optimismo*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1987.

